

DOMINGO XI DEL TIEMPO ORDINARIO (A)
Homilía del P. Salvador Plans, monje de Montserrat
15 de junio de 2008
Ex 19, 2-6 / Rm 5, 6-11 / Mt 9, 36-10,8

Queridos hermanos

La misa es una ofrenda de dones. Presentamos el pan y el vino que son unos dones del Señor al hombre, por medio de los cuales damos gracias a Dios. Estos dones, Jesús los transfigura y se convierten en el sacramento que une a Cristo con su esposa, la Iglesia. Esta ofrenda es un intercambio de perdón y de paz. Nuestra debilidad queda diluida y se pierde como se pierden unas gotas de agua en la copa llena de vino que mezclaremos dentro de poco.

Junto a estos dones tenemos el don de la palabra de Dios que nos instruye. Hoy la primera lectura nos habla de la alianza que Dios establece con el pueblo de Israel que no es en absoluto un privilegio, ni una discriminación en favor de Israel respecto a los otros pueblos. Esta alianza es una gracia de Dios. Eso nos recuerda la manera cómo tenemos que acoger la nueva alianza que Jesús hace con el nuevo pueblo de Dios, la Iglesia. Es un vínculo de amor y de comunión. Por este hecho hemos cantado que somos su pueblo y el rebaño que él pastorea.

San Pablo nos instruye en la segunda lectura diciendo que esta alianza no la ha hecho nuestra justicia, nuestros méritos, sino que ha tenido lugar por aquella atracción que nos ha suscitado el Padre del cielo por medio de la misión de su Hijo. De una manera impensable esta atracción la ha provocado Jesús desde la cruz. En efecto, desde la Cruz, desde la ignominia, desde el lugar del máximo abandono Jesús ha recuperado a todo el mundo. Jesús nos hace suyos y sólo él nos justifica, y eso, sin ningún mérito nuestro. Con su resurrección, nos da la vida que Él tiene con el Padre. De esta manera la carta a los Romanos resume la nueva alianza sellada en su sangre, simbolizada en los santos dones que ponemos encima del altar.

Es pues Jesús, y lo hemos visto en el evangelio de hoy, quien prevé la salvación del mundo en su alianza escogiendo e invitando a sus doce apóstoles y en ellos, ahora, a todos nosotros. Éstos tienen que ir al mundo no a hacerse servir sino a servir; éste es nuestro estatuto, el del Reino de Dios. No podemos mostrarnos como amos, sino como obreros que van a trabajar a su viña. No nos preocupemos por la paga; el Señor es nuestra herencia. ¿Y qué tenemos que decir? Pues, que el Reino de Dios está cerca y que ya está en medio nuestro. ¿Y cómo lo tenemos que hacer? Jesús, lo realizó recorriendo Palestina. Lo sabemos muy bien, pasó haciendo el bien: curaba a los enfermos, ayudaba a todo el mundo, no rechazaba nunca a nadie. Se hizo todo a todos. Y nosotros, ¿cómo lo tenemos que hacer?

Hermanos, también cada uno de nosotros nos tenemos que hacer todo en todos. No nos han puesto en absoluto en este mundo ni para condenar ni para sentirnos dueños de nada. El Reino de Dios y su designio de salvación no lo sostenemos ni lo alimentamos nosotros; por sí mismo tiene una fuerza y una atracción profundas. Se hace y crece en el silencio por caminos que apenas se hacen notar, está rodeado de silencio y de misterio. Esta eucaristía es una muestra. Estamos aquí atraídos por él. Vivamos, pues, hermanos en la esperanza.